

San Agustín

1. Gran milagro es, amadísimos, hartarse con cinco panes y dos peces cinco mil hombres, y aún sobrar para doce canastos. Gran milagro, a fe; pero el hecho no es tan de admirar si pensamos en el hacedor. Quien multiplicó los panes entre las manos de los repartidores, ¿no multiplica las semillas que germinan en la tierra y de unos granos llena las trojes? Pero como este portento se renueva todos los años a nadie le sorprende; mas no es su insignificancia el motivo de no admirarlo, sino la frecuencia en repetirse. Al hacer estas cosas, hablaba el Señor a los entendimientos, no tanto con palabras como por medio de sus obras. Los cinco panes simbolizan los cinco libros de la ley de Moisés; porque la ley antigua es, respecto al Evangelio, lo que al trigo la cebada. Hay en estos libros —de la ley— hondos misterios concernientes a Cristo, por lo cual decía él: Si creyerais a Moisés, me creeríais también a mí, pues él ha escrito de mí. Pero al modo que en la cebada el meollo está debajo de la paja, así está Cristo velado en los misterios de la ley; y a la manera que los misterios de la ley se despliegan al exponerlos, así los panes crecían al partirlos. Esta misma exposición que yo vengo haciendo es un partiros el pan. Los cinco mil hombres significan el pueblo sujeto a los cinco libros de la ley; los doce canastos son los doce apóstoles, que, a su vez, se llenaron con los rebojos de la misma ley; los dos peces son, o bien los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo, o bien los dos pueblos: el de la circuncisión y el del prepucio —judío y gentil—, o las dos funciones sagradas del imperio y del sacerdocio. Exponer estos misterios es como partir el pan; comprenderlos es alimentarse.

2. Volvamos al hacedor de estas cosas. El es el pan que bajó del cielo; un pan, sin embargo, que repara sin mengua; se le puede sumir, no se le puede consumir. Este pan estaba figurado en el maná; de donde se dijo: Dioles pan del cielo; comió el hombre el pan de los ángeles. ¿Quién sino Cristo es el pan del cielo? Mas para que comiera el hombre el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles hízose hombre. Si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne; y, si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Y, pues se nos ha dado una prenda tan valiosa, corramos a tomar posesión de nuestra herencia. Suspiremos, hermanos míos, por vivir con Cristo, pues tenemos en prenda su muerte. ¿Cómo no ha de darnos sus bienes quien ha sufrido nuestros males? En este país, en este siglo perverso, ¿qué abunda sino el nacer, trabajar, padecer y morir? Examinad las cosas humanas, y desmentidme si miento. Ved si los hombres están aquí para otro fin que nacer, padecer y morir. Tales son los productos de nuestro país; eso lo que abunda. A proveerse de tales mercancías bajó del cielo el divino Mercader; y porque todo mercader da y recibe: da lo que tiene y recibe lo que no tiene, da el dinero de la compra y recibe lo comprado, también Cristo dio y recibió. Pero ¿qué recibió? Lo que abunda entre nosotros: nacer, padecer y morir. Y ¿qué dio? Renacer y resucitar y para siempre reinar. ¡Oh Mercader bueno, cómpranos! Mas ¿qué digo cómpranos, si más bien debemos darte gracias por habernos comprado? Y ¡a qué precio! Al precio de esa tu sangre que bebemos... Sí; nos das el precio... El evangelio que leemos es nuestro instrumento. Siervos tuyos somos, criaturas somos tuyas, porque nos hiciste

y nos redimiste. Un esclavo puede comprarle cualquiera; lo que no puede es crearle; el Señor, en cambio, creó y redimió a sus siervos. Por la creación les dio la existencia; por la redención les dio la independencia. Habíamos venido a manos del príncipe de este siglo, el seductor y esclavizados de Adán, principio y origen de nuestra esclavitud; pero vino el Redentor, y fue vencido el seductor. Y ¿qué le hizo el Redentor al esclavizador? Para rescatarnos hizo de la cruz un lazo, donde puso de cebo su sangre; sangre que pudo el enemigo verter y no mereció beber. Y porque derramó la sangre de quien nada le debía, fue obligado a devolver los que debían; por haber derramado la sangre del Inocente, se le obligó a desprenderse de los culpables. El Salvador, en efecto, derramó su sangre para borrar nuestros pecados, y así quedó borrada, por la sangre del Redentor, la carta de obligación que al diablo nos sujetaba. Porque no estábamos sujetos a él sino por los vínculos de nuestros pecados. Ellos eran las cadenas de nuestra cautividad. Y vino él, y encadenó al fuerte con su pasión y entró en su casa, es decir, en los corazones donde moraba, y le arrebató sus vasos. Habíalos él llenado de su amargura, y aun se la dio a beber a nuestro Redentor con la hiel; pero, al arrebatarse los vasos que había —el diablo—llenado y hacérselos propios, nuestro Señor vertió la amargura y los llenó de dulzura.

SERMON 130

(San Agustín, Obras Completas, XXIII, Sermones (3º), BAC, Madrid, 1983, Pág. 147- 150)